

Pasión: Ideología del orgasmo*

Por:
ROBERTO FREIRE y
FAUSTO BRITO**

Todas las pasiones son utópicas, tanto en el sentido clásico cuanto en lo que acabamos de expresar. Por otro lado, las utopías son siempre fruto de intensas pasiones. Sería bueno, pues, reflexionar un poco sobre nuestro concepto de pasión.

Creemos que Eros se manifiesta en las personas a través de tres estados emocionales de la misma naturaleza libidinal y efectiva, pero de modo contiguo y no necesariamente continuo: la seducción, el amor y la pasión. Queremos decir que la energía generadora de estos estados es la misma, el *orgon*, la unidad bioenergética, según Reich, y aunque sus manifestaciones, productos y significados sean muy distintos, el objetivo, en las tres situaciones, también es el mismo, la realización del placer de vivir.

Para poder proseguir en esas consideraciones se hace necesario una advertencia: nosotros no entendemos absolutamente nada de amor. Ni creemos que la medicina, la psicología, la pedagogía y las ciencias políticas (nuestro instrumento de trabajo) posean cualquier medio o recurso que lleve al conocimiento científico y ético de lo que pasa entre dos o más personas que se aman, no importando el sexo que posean. Estamos convencidos hoy de que el amor no fue hecho para ser comprendido, sino apenas vivido. En el instante en que comenzamos a descifrarlo, ya se acabó. Esa es nuestra experiencia. Por esto afirmamos: del amor solo se puede hacer necropsia, jamás biopsia.

Entonces ¿por qué escribimos sobre el amor? En primer lugar, no es sobre el amor, y sí sobre la seducción y la pasión lo que estamos describiendo. Son cosas del género, pero no la cosa en sí. Después, queremos deshacer algunos equívocos frecuentes en el trato de los sentimientos humanos, cuando los descarnamos de su contenido y contexto político.

Para nosotros, el concepto de amor se identifica como el de la vida. Y es pulsación. Pulsación que sólo se justifica, en la conciencia lúcida y libre del hombre, si tiene por objeto la realización del placer. De todos los placeres posibles en el acto de vivir, la seducción amorosa y la pasión (que lleva el placer y el dolor a las últimas consecuencias), si son, a nuestra manera de ver las únicas razones para que el ser humano quiera por opción, continuar vivo.

Así, si no podemos conocer los misterios de la vida, mucho menos es posible descifrar los misterios del amor, su íntima y precisa expresión. La seducción es un juego del encantamiento de estar vivo y poder animar (encantar) vida nueva en los demás. Entonces, la seducción es algo que pertenece al potencial de la creación del ser humano. Podemos estudiarla, entenderla, conocerla, comunicarla. En fin, en cierta extensión y profundidad, seducción se aprende porque es un arte.

Lo mismo se puede decir de la pasión. No podemos aprender a apasionarnos, eso nacemos sabiendo, pero es preciso aprender a dejarse apasionar. La pasión, la entendemos como una especie de acelerador, intensificador, una cosa que actúa volviendo el amor mayor o menor, más fuerte o más débil, más o menos entero. La pasión no es amor, sino algo que, por alineación u opción, aplicamos sobre o dentro del amor, cambiando su estado, sin nunca por eso cambiar su naturaleza.

Así, la pasión tiene mucho que ver con la libertad y, por eso, no la recibimos pronta y estamos obligados a conquistarla. Queremos decir que el amor es gratuito y ya viene pronto con la vida; la seducción y la pasión son creaciones del ser humano, formas que él inventa individualmente, para que ame más y mejor a todo lo que tiene derecho.

Es preciso dejar bien claro que, para nosotros, enamorar o seducir nada tiene que ver con amar, aunque ciertas seducciones, algunos enamoramientos, pueden resultar en amor. Por eso todo enamoramiento es fruto de la pasión de vivir, de vivir más intensa y gustosamente la vida.

Siendo así, por un lado el enamoramiento es una compulsión natural y parte del instinto reproductor, y es también un acto de creación cultural. Aunque impulso oriundo del inconsciente colectivo de la humanidad, la seducción es también direccionada y recreada por opción conciente de cada uno y de todos, siempre de modo inédito y siempre producto de tensiones originales, cada vez que se manifiesta.

Concluimos también que el acto de enamorar es por excelencia polimorfo y poligámico, independiente del sexo y de la faja etaria, y que no es influenciado por razas humanas, especies animales y minerales. Enamorarse es parecido, pero nada tiene que ver con el amor. Pero quien se enamora bien, puede acabar amando, inclusive puede hasta apasionarse.

Existen, claro, las personas que sólo enamoran para encontrar compañeros sexuales eventuales y sentimentales permanentemente (estos acaban por no enamorarse, después del encuentro y una vez establecida la dependencia). Son personas bloqueadas en sus potencias de vida y, sobre todo, víctimas de preconceptos éticos, sexuales y sociales originados en un poderoso autoritarismo político y económico. Nos referimos a la manipulación del Estado y de la Religión y estimulando las relaciones monogámicas hasta la muerte de las personas y penando cualquier infracción con penas morales, legales, sociales y económicas. Ese problema existe y es serio, pero no es en realidad de eso que estamos hablando.

Admitimos que una persona, por ejemplo un hombre, necesite sólo de una mujer para su realización afectiva, sexual, creativa y social. Eso no debería impedir que continuase enamorando todas las mujeres, hombres, niños, viejos del mundo. El sexo y los sentimientos entre un hombre y una mujer no sustituyen en grado, número y género el placer de la contemplación de una obra de arte o el producir; no puede ser comparado a la convivencia con la naturaleza y con los otros

animales. Estos otros tipos de enamoramiento, cuando tampoco son vividos, hacen una gran falta para la realización vital de la persona y de las relaciones humanas lo que, fatalmente, hace que las parejas acaben por perder el amor, y no soporten más la relación exclusiva.

Enamorarse, creemos, no es un acto de preapropiación, como pueden pensar las personas que proyectan en las relaciones su visión mercantilista y capitalista (consumista) de la vida y del mundo. Enamorar significa apenas reabastecimiento energético vital. El acto de seducir propone cambio, no apropiación; la persona que enamora quiere relacionarse dinámica y dialécticamente con las otras personas y cosas, no aprisionarlas, inmovilizarlas, posesionarse de ellas.

La manera más fácil y rápida de destruir una relación afectiva es tornarla exclusiva, aislada y cerrada. El enamoramiento permanente, inespecífico y polimorfo sirve justamente para impedir eso. Además de ser mucho más agradable vivir de esa forma.

Pero, suponiendo que es naturalmente así, ¿por qué ciertas personas dejan de enamorar todo y todos y se agarran solo a una persona hasta que el odio los separe? La respuesta es simple, pero muy dolorosa: en esos casos, las relaciones amorosas son psicológicamente complementarias y no suplementarias como creemos que la naturaleza espera que sean. Queremos decir, cada miembro de la pareja no está totalmente madura en partes de su personalidad. Entonces se enamoran de modo psicoterápico, porque descubren que uno puede ser el complemento del otro (o terapeuta del otro) y quedan viviendo así, en ese tipo de parasitismo simbiótico. Durante cierto tiempo el alivio que experimentan es tan grande que lo cosa hasta parece amor.

Pero lo que sucede, en esos casos, es que cada miembro de la pareja le está donando, prestando, arrendando o vendiendo parte de su vida para que el otro viva. Nadie da o presta sin después cobrar lo que dio o prestó, sobre todo si fueron cosas vitales. Ahora, si estamos arrendando o vendiendo (nos referimos aquí a las ligazones con intereses financieros o de poder), seremos implacables cobradores del alto precio que se establece por la entrega provisoria o permanente de nuestro cuerpo o de nuestra vida.

La dinámica social de las relaciones amorosas solo funciona normal y saludablemente si ellas son suplementarias. Quiere decir, recibimos lo que no reclamamos, lo que desconocemos que existe, pero es nos amplía, nos encanta, nos renueva. Y viceversa. También aquí el enamoramiento es fundamental: en su forma suplementaria el amor es apenas y siempre enamoramiento, seducción constante e infinita y, naturalmente, se transforma en pasión. El enamorado no psicoterapéutico es aquel que proporciona y mantiene las relaciones e suplementariedad. Estas, que podemos llamar de verticales, porque independientes del tiempo, viven más de la intensidad que de la continuidad se distinguen de las relaciones amorosas horizontales, que atienden fundamentalmente la duración y la estabilidad, aunque perdiendo, con eso, en intensidad.

Ahora resulta más fácil para nosotros definir pasión, dentro de los conceptos y sentimientos que justifican y animan este libro. Sólo podemos apasionarnos verdaderamente si estamos en posesión de toda nuestra originalidad única y queremos provocar su explosión, implosión según nuestra voluntad, por todo lo que podemos suplementar, por todo lo que pueda suplementarnos seductoramente, placentemente, siempre.

Ha legado el momento de intentar deshacer un equívoco que, de tan generalizado y repetido, se constituyó en falsa verdad: las pasiones son peligrosas porque son irracionales, incontrolables, destructivas y autodestructivas. Sucede que la pasión es la cosa que las personas y los sistemas autoritarios más temen, por ello la condenan de esa forma.

En verdad, sólo los apasionados contestan, protestan, luchan, revolucionan. Lo que los mueve no es algo que los ciega, sino algo que los ilumina y calienta, como la luz del sol.

Todo apasionado es un vidente, porque presiente e intuye todo lo que es bello y horrendo al mismo tiempo, porque distingue de forma perfecta e implacable lo falso de lo verdadero, lo amoroso de lo odioso, lo autoritario de lo voluntarioso, en fin, la pasión se alimenta de libertad y significa, en último análisis, la expresión urgente e insaciable de nuestra originalidad única.

Queremos concluir, de modo tajante, que estar vivo no nos distingue radicalmente de los muertos; más, estar apasionados, sí.

La pasión, vista de esa forma, es un instrumento de la acción política que incluye todo el acto de vivir, inclusive el amor. Política porque actúa sobre los mecanismos de poder que están en la base de todas las opciones (y posibilidades de opciones) humanas. Amar es biológico, tal como vivir, pero poder amar en libertad no es biológico, y sí una conquista; es fruto de nuestra pasión de vivir en libertad. Así, en la sociedad humana, la posibilidad de vivir y amar limitada a sí misma es insuficiente para garantizarnos la sobrevivencia y, sobre todo justificarla. Vale repetir: la pasión es más esencial que el amor y la vida. Pasión, pues, no es una forma de amor, una consecuencia del amor, sino que es aquello que la da significado, eficiencia y belleza.

Volviendo una vez más a la tesis central de este libro --la de la originalidad de las personas en búsqueda de la libertad individual y colectiva-- queremos resaltar la imposibilidad de encuadrar las formas de seducción, de amor y de pasión en padrones deseables o ideales. Por esta razón, se vuelve ridículo discutir, por ejemplo, lo que sería más certero para el hombre y la mujer, la poligamia o la monogamia. Para nosotros, por lo que ya vivimos y amamos, podemos concluir que cada ser humano ha de amar conforme a sus necesidades y posibilidades y la belleza e intensidad de su pasión estará de acuerdo con su poder de seducción y con las necesidades, posibilidades afectivo-sexuales y pasiones de su compañero o compañeros. El amor, como el nacer del sol, es siempre lo mismo, por lo tanto jamás es igual. Por eso es bueno no perderlo cada día.

Percibimos que a partir de la década del sesenta aumentó significativamente el número y multiplicidad de nuevas formas de pareja. Por lo menos en la clase burguesa, en todo el mundo surgen experiencias de las más diversas formas de relacionamiento amoroso, intentando, sobre todo, superar los efectos nocivos --a las personas, a la sociedad y al propio amor-- del casamiento tradicional y de las ligazones clandestinas.

Se descubre, por lo menos, que las posibilidades de relacionamiento satisfactorios para el amor son infinitas y, en ese campo, también queda probado que la diversidad de forma y de contenido es más deseable o más saludable que la identidad, la semejanza, la imitación. Sí, porque es evidente que la semejanza en el comportamiento amoroso, sólo se puede obtener por la fuerza, el chantaje, por el miedo.

Los lectores deben haber notado que no nos referimos ni una vez al homosexualismo. Por otra parte, el asunto no es especialmente diferenciado. Creemos que las diferencias que pueden existir entre el comportamiento amoroso de los homosexuales y de los heterosexuales son las mismas que existen entre homosexuales o bien entre heterosexuales, en la medida en que comienzan a ser vencidas las represiones a la libertad, se puede observar, también, en las últimas décadas, el aumento del número de personas que se permiten el comportamiento bisexual. No como norma o fruto de determinaciones del origen que sea, sino simplemente como resultado de una mayor libertad de opción para la vida, consecuencia, inclusive, de la quiebra de preconceptos con las personas, buscando el fluir del amor donde quiera que él se encuentre, conforme se presente, desde que sea realmente amor.

El amor que lleva a una persona a considerar a otra como un pedazo de sí misma es de los más neurótico y parasitario. El romanticismo también fue y es víctima del autoritarismo. Por eso se volvió enfermizo. Lo saludable en las relaciones amorosas sería, primero, que la persona ya hubiese logrado crecer hasta alcanzar el total desarrollo de sí misma, Después, que aprendiese a vivir por sí misma y de sí misma. Sólo entonces podría formar pareja, con alguien que hubiese tenido igual desarrollo y supiese vivir de sí misma también. Así, enteros y juntos, comenzarían a vivir sensaciones inéditas, extraordinarias, imposibles de vivirlas solo y de las que no existen en nosotros ni siquiera semillas. Es el amor suplementario de que hablábamos. En este punto, es bueno proclamar lo que se constituye en nuestra ética fundamental: el amor no debe servir a otra cosa que no sea al propio amar.

Cuando por una razón cualquiera, la relación amorosa se deshace, lo que se deshace de hecho es sólo es relación amorosa y no las vidas y la integridad de cada uno. Y lo que se ha observado es que por más denso que haya sido el amor, cuando él se deshace en las relaciones sanas (suplementarias) surgen luego nuevos encuentros, nuevos enamoramientos y seducciones, el amor puede rehacerse. Es otro, igualmente original, por o tanto con intensidad y cualidad semejantes al anterior.

Eso ocurre con frecuencia entre los jóvenes de visión ideológica no apropiativa, no autoritaria. Fue exactamente uno de ellos (decía odiar la historia de Romeo y Julieta) que mejor nos definió como opera el amor, contrariando a Shakespeare. Afirmaba sentir el amor como algo que se desarrollaba independientemente, por sí mismo, dentro suyo, como una planta, y que lo volvería disponible para las relaciones que se ofrecían. Con el otro, su compañero eventual, sucedía lo mismo. Es decir, nadie es propietario del amor del otro, nadie tiene poder sobre el amor del otro. Porque, continúa el joven, las relaciones amorosas se hacen por mecanismos indescifrables, son transitorias, son descartables, son incontrollables. Tratase del producto creativo de la pareja, por eso siempre circunstancial, apenas para consumo inmediato de la relación seductora y apasionada entre dos o más personas.

Así, sólo es posible alcanzar el desarrollo pleno entre nosotros mismos, para poder revelar y movilizar nuestros potenciales, si conseguimos vivir bien solos, amando nuestro propio cuerpo, persona y creaciones. Lo ideal, nuestra utopía, sería vivir en permanente estado de autorregulación para, eventualmente, cuando el momento y la oportunidad llegasen, estar disponibles, dispuestos, potentes y competentes para todas las suplementaciones amorosas, en tanto fueran agradables, necesarias y posibles.

Tal como estamos reflexionando sobre la política de lo cotidiano, puede parecer que hubiésemos realizado con facilidad y en toda su extensión esas transformaciones revolucionarias, en nuestras vidas. Más la realidad es otra: todo ha sido extremadamente difícil, como si viviésemos de hecho una guerra de guerrillas. Y estamos lejos de haber conseguido aún el mínimo necesario de transformaciones personales que signifiquen fuerza suficiente para producir transformaciones sociales. Pero eso no nos desanima, pues nos sentimos en el camino, en un plano inclinado y sin retorno posible.

La mayor dificultad en esa lucha radica en lo siguiente: tenemos la certeza absoluta de lo que ya no queremos y no aceptamos más en nuestras vidas. Pero aún, estamos en un tanteo, incipiente y experimental que nos va descubriendo nuevos caminos de vida no autoritaria y un que hacer de nuestra originalidad conquistada. De ahí muchos errores, pérdidas, dolores, miedos y el siempre recomenzar de nuevo. Entre tanto, a cada conquista propia o de los compañeros de lucha, nuestro ánimo aumenta, las energías crecen y la pasión nos lleva a experimentar nuevas formas alternativas de amar y crecer.

Al comenzar este libro estábamos impulsados por el entusiasmo de las propias conquistas que se sumaban a la de los compañeros y cómplices alrededor del mundo entero. Así nuestro libro es también un homenaje a todos los amantes de la libertad (simultáneamente individual y colectiva) y a los pioneros de la nueva y libertaria familia de nuestros sueños y esperanzas.

Notas:

* El presente texto corresponde al Capítulo 10 del siguiente libro: *ROBERTO FREIRE y FAUSTO BRITO. Utopía y Pasión. La Política de lo Cotidiano.* Traducido del portugués

por Rubén G. Prieto. Colección Piedra Libre No. 5. Nordan Comunidad. Tupac Ediciones. Montevideo. 1990. [114p.]

** **Roberto Freire** nació en Sao Paulo (Brasil), en 1927 y murió el 23 de mayo de 2008. Su formación abarcó distintos campos de la medicina: endocrinología, psiquiatría y psicoanálisis. Luchó contra la dictadura militar en organizaciones clandestinas y también a través de su tarea como periodista y redactor de informes especiales para la televisión brasileña. Su participación política directa, posteriormente al golpe militar, le llevó a sufrir prisiones y torturas. A partir de su definición como anarquista, creó la *Somaterapia*: una forma de pedagogía libertaria que busca la salud personal y social, a través de la autogestión. La *Somaterapia* es para él, una forma de acción directa que aborda la neurosis cuestionando al mismo tiempo el autoritarismo de la sociedad capitalista. Ha escrito varios libros, abarcando desde los aspectos teóricos de la *Somaterapia* a ensayos, novelas y relatos. **Fausto Brito** nació en Ouro Preto (Brasil) en 1947. Se formó en Sociología y además de la docencia, trabaja en investigaciones sobre el tema del Estado. Se encontró con Roberto Freire a través de su militancia en varias organizaciones y partidos y por su trabajo en la prensa alternativa. Este encuentro lo llevó a cuestionar el autoritarismo presente en las organizaciones políticas llamadas “revolucionarias” y se propuso entonces encontrar y elaborar nuevas formas del trabajo político, diferente de las que hasta ese momento había practicado. Este libro es también parte de ese proceso.